



Nivelación

Lengua y literatura
Octavos básicos
Guía N°1 **(Formativa)**
Profesora Valentina Allende

Objetivo: Formular interpretaciones de textos literarios para mejorar la comprensión de lectura

Teseo, el vencedor del Minotauro **Versión de Ana María Shua**

El joven héroe Egeo, el rey de Atenas, no podía tener hijos. Por más que repudiara a sus mujeres y volviera a casarse, ninguna de sus esposas quedaba encinta. Estaba muy preocupado. Si no lograba tener descendencia, el trono le correspondería a los hijos de su hermano y él quería (desesperadamente) legárselo a un hijo de su propia sangre. Para saber si algún día llegaría a cumplir su deseo, consultó al oráculo de Delfos. Pero la respuesta fue confusa. Su barco se detuvo en el camino de vuelta a Atenas, porque Egeo quería consultar sobre el significado de la profecía al sabio rey de una pequeña ciudad. Lo que había dicho el oráculo era que Egeo tenía una oportunidad de tener hijos, pero solo una. El sabio rey entendió perfectamente. Y como le gustaba la idea de que su nieto fuera rey de Atenas, emborrachó a Egeo y lo hizo pasar la noche con su hija. Así nació Teseo. Egeo amaba a su hijo, pero temía por su vida si regresaba con él a Atenas. Sus malvados sobrinos eran capaces de todo con tal de quedarse con el trono. Entonces decidió volver solo y dejar a su pequeño en un lugar seguro, con su madre y su abuelo. Antes de irse, escondió su espada y sus sandalias debajo de una enorme roca. —Cuando nuestro hijo tenga bastante fuerza como para levantar esa roca, lo enviarás a Atenas en secreto. Recuerda que mis sobrinos están dispuestos a matar a un heredero del trono —le dijo a la madre de Teseo. Teseo fue valiente desde muy pequeño. Se cuenta que cierto día Heracles, de visita en el palacio de su abuelo, se había quitado la piel del León de Nemea y la tenía a su lado. Creyendo que era un león de verdad, los niños del palacio huyeron gritando. Solo Teseo, que tenía siete años, tomó la espada de uno de sus criados y atacó a la supuesta fiera. Heracles le sacó la espada de la mano con una sonrisa de admiración que Teseo nunca olvidaría. Aventuras en el viaje a Atenas Teseo tenía solo dieciséis años cuando su madre juzgó que ya estaba en condiciones de cumplir lo que Egeo le había ordenado. Y así fue. De un solo empujón, Teseo movió la roca y recuperó las sandalias y la espada de su padre. —Debes ir a Atenas, hijo, pero no vayas por tierra —rogó la madre—. En este momento Heracles está cautivo de sus enemigos y el camino está infestado de monstruos y criminales. Pero Teseo era muy joven y en lugar de detenerlo, la advertencia lo entusiasmó. Eso era exactamente lo que deseaba: la oportunidad de luchar contra monstruos y criminales. El muchacho soñaba con convertirse en un héroe de la talla de Heracles, a quien tanto admiraba. Por supuesto, inició su viaje por tierra, cruzando el istmo de Corinto. El primer enemigo que probó sus fuerzas fue un asaltante de caminos que no era un ladrón cualquiera, sino un hijo del dios Hefesto, feo y rengo como su padre. Mataba a los viajeros con una enorme maza de bronce con la que

Teseo, después de vencerlo, se quedó para siempre. Un gigante cruel devastaba la región. Lo llamaban «El doblador de pinos». Doblaban dos pinos, ataba a sus víctimas a las copas de cada uno y después los soltaba de golpe, para descuartizar a los desdichados. Teseo lo mató con tan poca piedad como la que «El doblador» mostraba con los demás. Luego, de un solo sablazo, logró decapitar a la Cerda de Cromión, un animal monstruoso, otro hijo de Tifón y Equidna, contra el que nadie podía. Teseo también se cruzó con Cerción, hábil como nadie en la lucha. El criminal obligaba a todos los que pasaban cerca de su guarida a pelear con él con las manos desnudas. Y mataba a los vencidos. Nunca pensó que un jovencito como Teseo lograría levantarlo y arrojarlo por el aire, matándolo de un solo golpe contra el suelo. Y, finalmente, Teseo tuvo que enfrentar a Procusto, «El estirador», el más cruel y perverso de todos los bandidos. Procusto invitaba a los viajeros a su posada, donde tenía dos camas, una grande y una pequeña. Atacaba a los viajeros, los ataba y amordazaba. A los de gran tamaño, los ponía en la cama pequeña y les cortaba todo lo que sobraba, empezando por los pies. A los de poca estatura los ponía en la cama larga. Con sogas y descoyuntándolos a martillazos los estiraba hasta que morían del tamaño de su lecho. Teseo fingió aceptar la posada que le ofrecía Procusto y allí lo mató, para enorme alivio de los pobladores de la comarca. El trono de Atenas, Teseo llegó a Atenas sin darse a conocer, tal como su madre se lo había aconsejado. Pronto comprendió que no era solo a sus primos a quienes debía temer. Egeo, su padre, se había casado con la hechicera Medea, repudiada por Jasón. Con sus artes mágicas, Medea había prometido curarlo de su esterilidad. Y, por supuesto, si lo lograba, quería que su hijo heredara el trono. Cuando el joven llegó a la corte, ya todos conocían su fama de justiciero, matador de monstruos y bandidos. Por temor a su madrastra, Teseo decidió permanecer de incógnito hasta entender mejor lo que estaba pasando. Pero, por supuesto, Medea lo reconoció inmediatamente y trató de librarse de él. Convenció a su marido de que enviara al joven héroe a luchar contra el Toro de Maratón. ¡Qué más quería Teseo que la posibilidad de luchar contra un toro gigante que respiraba fuego! Y más todavía si se trataba de repetir una de las hazañas de su admirado Heracles. Con su maza de bronce logró vencerlo y lo ofreció en sacrificio a los dioses. Entonces, Egeo, siempre aconsejado por Medea, lo invitó a celebrar su victoria con un gran banquete en su palacio. Los esposos se habían puesto de acuerdo en darle una copa de vino envenenado al peligroso extranjero. Teseo ya tenía la copa en la mano cuando sacó la espada para cortar un trozo de carne de jabalí que le ofrecían en una fuente. Egeo reconoció en el acto la espada que había ocultado bajo la roca para su hijo. El muchacho se llevaba ya la copa de veneno a los labios. No había tiempo de dar explicaciones. Con un movimiento brusco, su padre le golpeó el brazo, la copa cayó al suelo y se derramó su contenido mortal. Allí mismo, Egeo reconoció a su hijo ante todos los cortesanos presentes, lo nombró único heredero del trono de Atenas y desterró para siempre a Medea y a su hijo. Los cincuenta primos de Teseo, que ya se relamían pensando en heredar el trono de Atenas, se enfurecieron al ver que Egeo tenía ahora un descendiente de su propia sangre. Enfurecidos, se prepararon para luchar contra Teseo y le tendieron una emboscada. Por suerte, uno de los soldados, que quería y admiraba al joven héroe, le detalló el astuto plan y así Teseo logró vencerlos. Pero antes de sentarse en el trono de Atenas, esperaba a Teseo la más grande de todas sus hazañas, aquella por la que sería recordado para siempre. El Minotauro, era hijo del monstruoso Toro contra el que habían luchado primero Heracles, y después el propio Teseo, que finalmente lo ofreció en sacrificio a los dioses. Su madre era la esposa de Minos, el rey de Creta, que por culpa de una maldición de Poseidón se había enamorado del Toro. El Minotauro era un horrendo monstruo con cuerpo de hombre y cabeza de

toro que solo se alimentaba de seres humanos. El rey Minos, sin embargo, no lo quiso matar. El Minotauro era hijo de su esposa, y él se sentía responsable de su nacimiento. Si no hubiera enfurecido a Poseidón, negándole el sacrificio del Toro, el Minotauro jamás habría nacido. Su pobre mujer, enloquecida por la maldición de los dioses, no tenía ninguna culpa. Minos, entonces, le pidió al gran arquitecto Dédalo que construyera un laberinto con tal confusión de pasillos, habitaciones y escaleras que no llevaran a ninguna parte, que una vez encerrado adentro, nadie fuera capaz de encontrar la salida. Allí encerró al Minotauro y cada año le hacía llegar su ración de jóvenes tiernos y apetitosos. Pero, como no quería tener problemas con sus súbditos, en lugar de exigir que entraran al laberinto jóvenes cretenses, le había impuesto a Atenas como tributo que le entregara cada nueve años siete varones y siete doncellas para entregarlos a la voracidad del Minotauro.. Hacía veintisiete años que el monstruo de Creta se alimentaba con carne de jóvenes atenienses. El pueblo comenzaba a murmurar contra el rey. Los hombres hubieran preferido morir luchando antes que entregar a sus hijos. ¿Y por qué el rey no destinaba su propio hijo al Minotauro? —Iré a Creta —dijo entonces Teseo—. Y mataré al Minotauro. Egeo trató por todos los medios posibles de disuadir a su único hijo. Pero Teseo sentía que esa era su obligación y su misión, y no se dejó convencer. Como siempre, el barco que llevaba la triste carga de catorce jóvenes para alimento del horror partió con velas negras. Pero el padre de Teseo hizo cargar velas blancas, porque si su hijo lograba el triunfo, quería saberlo cuanto antes, sin esperar a que el barco tocara puerto. En Creta, los jóvenes fueron recibidos con banquetes y festejos. Las víctimas del sacrificio debían ser honradas y era fácil hacerlo con alegría cuando no se trataba de parientes ni amigos. Teseo se destacaba entre los demás por su altura, su porte, su gentileza y su buen humor, que contrastaba con la actitud temerosa y afligida de los otros. Una de las hijas del rey Minos, la rubia princesa Ariadna, se enamoró perdidamente de él. —No temas —le decía Teseo, viendo las lágrimas correr por la cara de Ariadna, que lo visitaba en secreto—. Luché contra criminales más feroces que el Minotauro y los vencí. Pero Ariadna sabía que el monstruo no era el único desafío que esperaba a Teseo. Aunque lograra matarlo, ¿cómo podría salir de ese palacio maldito, inventado para perder a sus ocupantes? Había una sola persona en Creta capaz de ayudarla: Dédalo, el constructor del laberinto. Una noche, justo antes de la consumación del sacrificio, Ariadna puso en la mano de Teseo un ovillo de hilo. El joven la miró desconcertado. —Lo atarás a la entrada del laberinto —dijo ella. Y Teseo comprendió. —Pero debes prometer que me llevarás contigo a Atenas —le rogó Ariadna—. Mi padre me matará si sabe que te ayudé a escapar. Al día siguiente, los catorce jóvenes atenienses entraron al laberinto. Empujados por las lanzas de los soldados, se vieron obligados a avanzar hasta perderse en los infinitos corredores. Pero no se separaron. Y Teseo iba adelante. Sin que nadie lo notara, iba soltando el hilo del ovillo que le había dado Ariadna. Pronto escucharon una respiración estruendosa y poco después un mugido gigantesco, estremecedor, como el rugido de una fiera. El Minotauro apareció ante ellos, en todo su horror, hambriento y feroz. La lucha fue breve. El Minotauro arremetía con toda su fuerza animal, pero manejaba con torpeza su cuerpo de humano. Y Teseo luchaba con su enorme fuerza, pero también con su inteligencia. Cuando consiguió matar al Minotauro, los jóvenes atenienses lo rodearon, desconsolados. —¿Y ahora? ¡Moriremos de hambre y sed, perdidos en el laberinto! ¿No hubiera sido mejor que nos matara el Minotauro? —se decían. Pero Teseo no tuvo más que caminar directamente hacia la salida, guiándose por el hilo que Ariadna le había entregado. Así salieron al exterior. Era de noche. Ariadna los estaba esperando a la salida del laberinto y se abrazó a Teseo con pasión, con inmensa alegría. Corrieron al puerto. Antes de abordar la nave que

los sacaría de la isla, Teseo ordenó a sus compañeros que rompieran los maderos de las naves cretenses para que no pudieran perseguirlos. Fue fácil, porque no estaban custodiadas: Creta creía haberse librado de todos sus enemigos. En el viaje de vuelta, el barco de Teseo hizo escala en una isla. Ariadna, agotada, se quedó dormida en la orilla. Cuando despertó, las velas negras se perdían a lo lejos, ya en mar abierto. Algunos dicen que fue por culpa de una tempestad que arrastró la nave a mar abierto, otros dicen que Teseo se vio obligado a abandonarla por orden de los dioses. En todo caso, la desesperación de Ariadna no duró mucho. Un bellissimo joven, transportado por un extraño carro cubierto de racimos de uva y hojas de parra, acompañado por ninfas y sátiros, salió a su encuentro. Era el dios Dionisio, que se había enamorado de la rubia Ariadna y quería proponerle casamiento. Entretanto, Teseo se acercaba a la costa de Atenas. A causa del dolor y la confusión que le había provocado la pérdida de Ariadna, se había olvidado de cambiar las velas negras por blancas. Cuando su padre vio desde lejos que el barco volvía con velas negras, su pena no tuvo límites. Su único hijo había muerto. La vida ya no tenía sentido. Desde lo alto de un acantilado, se arrojó al mar, y murió en el acto. Desde entonces el mar Egeo lleva su nombre. Teseo, rey de Atenas fue un buen rey. Instauró en Atenas la democracia. Por primera vez en la historia de la humanidad los ciudadanos podrían votar para elegir a sus autoridades. Construyó muchos de los edificios públicos de la ciudad, conquistó Megara y la sumó a los dominios de Atenas... Pero Teseo amaba la lucha por sobre todas las cosas. Y embarcó a Atenas en una peligrosa guerra contra las amazonas, en la que, por suerte, consiguieron derrotar a las salvajes mujeres guerreras. También participó en el viaje de los argonautas. Y por defender a Pritoo, uno de sus amigos, se metió en la lucha entre los lapitas y los centauros. Sus aventuras con Pritoo terminaron muy mal. Los dos amigos habían decidido casarse con hijas de Zeus y para eso raptaron primero a la pequeña Helena, hermana de Cástor y Pólux, los Dióscuros, y después fueron nada menos que al Reino de los Muertos con la mala idea de robarle al dios Hades su esposa Perséfone, la Primavera. Hades fingió recibir con grandes honores a los dos héroes y los invitó a sentarse para compartir un banquete. Pero cuando Teseo y Pritoo quisieron levantarse, se encontraron pegados a sus asientos. Y allí estarían todavía si no fuera porque Heracles, cuando tuvo que apoderarse del Can Cerbero, el perro de los Infiernos, para llevárselo a Euristeo, consiguió convencer a Perséfone de que liberara al menos a Teseo, cuya fuerza y coraje todavía hacían falta sobre la Tierra. Entretanto, los Dióscuros, Cástor y Pólux, habían entrado a espada y lanza en Atenas. Liberaron a su hermana Helena y se la llevaron de vuelta junto con la madre de Teseo. En lugar del reemplazante que Teseo había dejado cuando se fue al Hades, pusieron a un rey aliado. Cuando Teseo volvió a Atenas, después de su largo encierro en el reino subterráneo, se la encontró dividida en grupos políticos que luchaban entre sí. Muy desanimado, renunció al trono y a su querida ciudad y se fue al exilio, donde murió tiempo después. Pero sus hazañas nunca fueron olvidadas por los atenienses, que durante siglos le rindieron honores.

Actividad



A partir de la lectura realizada, desarrolle las siguientes preguntas:

1.- ¿Qué conoces sobre la mitología griega? Explica.

- A continuación, con el fin de comprender mejor el texto central de esta guía, te invitamos a leer el concepto que define la democracia:

“El término “democracia” proviene del griego antiguo. Fue acuñado en Atenas en el siglo V antes de Cristo a partir de las palabras “demos” (pueblo, población) y “kratos” (gobierno, poder, autoridad), es decir, un gobierno del pueblo.” (Biblioteca del Congreso nacional de Chile, 2018)

2.- ¿Qué factores presentes en el texto pueden ser considerados una inspiración para la democracia? Incluye marcas textuales en tu respuesta.

3.- Señala los valores fundamentales de la democracia en la Grecia antigua. Apoya tu opinión en el texto leído.

4.- Explica qué características tiene la democracia hoy en día. ¿Crees que ha cambiado desde la antigua Grecia a la actualidad? ¿Por qué?

5.- ¿Qué características personales de Teseo lo convierten en un representante de los valores democráticos? Explica.

¡Recuerda!



Utilizar la técnica del subrayado para optimizar la lectura.

No olvides que el desarrollo de tus guías permitirá la adquisición de contenidos y habilidades. Esto facilitará tu desempeño en las evaluaciones sumativas.